

Tribuna Libre

Lenin o el criminal perfecto

Para el padre del totalitarismo y el partido-Estado la revolución comunista justificaba cualquier medio de acción, incluido el terror.

MAURICIO ROJAS



HACE CIENTOS años, en 1917, un noble heredario ruso conocido como Lenin dio inicio a la construcción del primer Estado totalitario. Lo hizo con la ilusión de crear un paraíso terrenal, pero creó el infierno más terrible que se haya conocido. Con el tiempo, sus seguidores llegarían a gobernar sobre más de una tercera parte de la humanidad, imponiendo terribles dictaduras mesiánicas que costaron más de cien millones de vidas humanas.

¿Cómo ha sido posible desencadenar tanto crimen y tanta opresión en nombre de tan elevados ideales? ¿Cómo se transforman los idealistas más convencidos en genocidas despiadados? ¿Cómo se forma aquella "fría máquina de matar" en la que "Che" Guevara nos incitaba a convertirnos a fin de realizar la redención de la humanidad? Esas son las preguntas que he tratado de responder en mi reciente libro *Lenin y el totalitarismo* (Debate).

La clave de la respuesta nos la dio Albert Camus ya en 1951, al escribir lo siguiente en su gran obra *El hombre rebelde*: "Estamos en la época de la premeditación y del crimen perfecto. Nuestros criminales [...] son

adultos, y su coartada es irrefutable: es la filosofía, que puede servir para todo, hasta para convertir a los asesinos en jueces". Así describió Camus la esencia de aquel fenómeno que sembró el terror durante el siglo XX: el surgimiento del criminal político perfecto, aquel que no tiene reparos ni límites ya que está convencido de que mata en nombre de la razón y el progreso. Se trata de una nueva estirpe, la del revolucionario profesional, ese "creyente sin Dios" y "héroe sin ambigüedades" que Mijaíl Bakunin anunciaba ya en 1869.

El hombre que llevó a la perfección el arquetipo del revolucionario profesional y lo convirtió en el engranaje clave de aquella maquinaria política, el partido bolchevique, que lo llevaría al poder fue Vladimir Ilich Uliánov alias Lenin. Su historia nos remonta a la Rusia imperial en la que nació, en 1870, en la ciudad de Simbirsk, a orillas del Volga. Fue el tercer hijo de una familia noble que gozó de una infancia privilegiada y se distinguió como un alumno brillante del Instituto Clásico de su ciudad natal. Su vida se torció, sin embargo, la madrugada del 8 de mayo de 1887, cuando su admirado hermano mayor, Alexánder, fue ahorcado en la fortaleza de Schlüsselburg a consecuencia de un intento fallido de asesinar al zar Alejandro III.

La muerte de Alexánder puso al joven Vladimir en la senda de la

revolución. Se volcó con pasión a leer los libros de su hermano, tratando de entender el camino que este había seguido. La lectura más significativa fue la novela *¿Qué hacer?*, de Nikolái Chernyshevski. Se trataba de un texto célebre que, según afirma Orlando Figes en *La revolución rusa*, "convirtió más gente a la causa de la revolución que todas las obras de Marx y de Engels juntas".

EL PERSONAJE clave de la novela, Rajmetov -caracterizado como un prodigio de disciplina ascética que comía carne cruda y dormía sobre una esterilla incrustada de clavos para fortalecer su espíritu-, así como sus asociados en una comunidad de revolucionarios absolutamente entregados a su causa, influyeron profundamente al joven Lenin, dándole una explicación del sacrificio de su hermano y aquel modelo de "revolucionario total" del cual ya nunca se apartaría.

Siguiendo ese modelo, encarnado en la década de 1870 por las organizaciones terroristas de los así llamados "populistas" (*narodniki*) rusos, Lenin formará, a partir de 1903, una organización centralizada de revolucionarios profesionales, "hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida", como escribirá en el primer número de *Iskra*, su famoso periódico clandestino, hombres que, literalmente, son del partido y para



quienes no habrá nada superior a la "orden de partido".

De los revolucionarios populistas Lenin también aprendió que todos los medios, incluido el terror, eran legítimos para promover su causa. Usar uno u otro medio era un asunto no de moral sino de carácter meramente práctico. Por ello escribe en *Iskra* que el partido revolucionario "admite como buenos todos los procedimientos de lucha, siempre que correspondan a las fuerzas de que el partido dispone y faciliten alcanzar los mejores resultados posibles dadas determinadas condiciones", puntualizando luego: "En principio nunca

hemos rechazado, ni podemos rechazar, el terror. El terror es una de las formas de acción militar que puede ser perfectamente adecuada e incluso esencial en un momento definido de la batalla".

Y así fue. A partir de la toma del poder en noviembre de 1917 los bolcheviques desencadenaron una política de terror nunca antes vista que culminará, en la década de 1930, con la muerte de millones de campesinos y disidentes y la creación del terrible sistema de campos de concentración conocido como Gulag.

Surgirá así una sociedad totalitaria, donde nada ni nadie quedará fuera del poder del partido-Estado. El costo humano fue extraordinario, pero no dejó de encontrar entusiastas partidarios por doquier, nuevos "creyentes sin Dios" que pensaban que ese era el precio del progreso. Cuando llegaron al poder impulsaron dictaduras similares a la soviética. Cuando no lo lograron, como en Chile, debieron conformarse con ser cómplices de los crímenes de sus camaradas, justificándolos y aplaudiéndolos. A pesar de ello todavía hoy tienen la desvergüenza de decir que su partido tiene más de cien años de vida "con la conciencia y las manos limpias". ●

El autor es senior fellow de la Fundación para el Progreso y director de la Cátedra Adam Smith de la Universidad del Desarrollo (@MauricioRojasmr).

Mente Ágil

8				4					
			5	1					
	3	9		2		8			
6				9		3			
		4	3		1	9			
		5		6					1
		8		5		4	1		
				3	4				
				7					6

	8		11		58	51			
	4			62		50			
1		6	13	63	64			70	
	24		21	15	47			68	
		20		16				74	
						84			
			44		89		82	80	
				33	120			79	
	41				111	92	100	99	
38				110	118	95	97		
132		130	124						103
			128			108	107		

Completa la cuadrícula para que los números se conecten horizontal, vertical o diagonalmente.
Vea la solución en www.pulso.cl

Pulso Perspectivas

¿Y qué hacemos ahora?

Bienvenido, pues, a la campaña de la postverdad... Si hace un par de décadas se hizo atractivo no figurar con el partido, usted, señor candidato, puede preciarse de no tener programa de gobierno.

A HORA HAY que dotar a Guillier de contenido". Con esta "perla" celebró el diputado Osvaldo Andrade el que su partido eligiera a Alejandro Guillier como el candidato del socialismo chileno. Más allá del salvavidas de plomo que implican estas palabras, el problema es que dejan en evidencia una realidad alarmante. Efectivamente, Guillier es un rostro televisivo, con medio período de senador a su haber y con una falta de idealismo que hace -hasta el momento- su candidatura esté absolutamente vacía de contenido. Hace algunos meses aseguró que su gobierno sería de continuidad respecto al de Michelle Bachelet, algo que ha procurado repetir menos porque nada hay más cercano al auto-boicot que ceñirse a una Presidenta que coquetea desde hace meses con el 20% de popularidad.

Si se busca algo de contenido político en la candidatura de Guillier no queda más remedio -por mucho que sangren los ojos- que asomarse al libro publicado por el periodista Raúl Sohr, *Alejandro Guillier: de cara al país*.

La obra se centra en tres entrevistas a Guillier realizadas por Sohr en febrero recién pasado, durante ese gran silencio estival, lo que le significó descender en las encuestas. Lo cierto es que la gente necesita que le recuerden permanentemente que esa voz que escuchamos por años en la televisión y en la radio sigue con vida y hoy apunta a La

Moneda. En su caso, si no habla, se desinfla. Pero, ¿de qué hablar?

El libro, de condescendientes 148 páginas, se divide en un abanico de capítulos que van desde un conveniente slogan -"no soy anti-militar, soy anti-Pinochet"- a un tierno y panfletario "Chile va a ser de los ciudadanos".

En varias ocasiones insiste en que estudió en un "liceo con número" y repite con cierta regularidad que es de provincia, lo que no impidió el que sea hoy un trabajador que se despierta antes de que salga el sol. Un liceano, de provincia y que madruga para ir a trabajar... Pese a esas tres maldiciones, Guillier logró salir adelante, olvidando que al menos un tercio del país que pretende dirigir es un "bicho" igual de raro.



ALBERTO LÓPEZ-HERMIDA

Con un apretón de manos a Salvador Allende durante su juventud, relata su Damasco político y así logra hacer con Sohr lo que tantos entrevistados hicieron con él: decir algo sin decir nada.

Por lo mismo, quizás la mejor parte del libro -por la que tampoco conviene desembolsar \$10 mil- sea el prólogo escrito por el autor. Ahí se autoproclama el "fenómeno Guillier", algo "ajeno a las elites gobernantes", como si ser hombre ancla en TV y radio no fuera tener poder. Además se advierte que de perder, la responsabilidad será de las "pesadas maquinarias de los partidos". Nuevamente estamos frente a un amante de la Teoría de la Conspiración.

Se pone también especial énfasis en que desde su "supra-partidismo" -vaya neologismo gramsciano- la falta de programa político de parte de Guillier es una ventaja pues estos "no pasan de ser declaraciones de buenas intenciones". Bienvenido, pues, a la campaña electoral de la postverdad... Si hace un par de décadas se hizo atractivo no figurar con el partido político, ahora usted, señor candidato, puede preciarse de no tener un programa de gobierno.

Eso sólo hace recordar, con escalofrío y todo, las palabras con las que el recién electo Robert Redford acaba el clásico cinematográfico "The candidate" hace justo 45 años: "What do we do now?". ●

El autor es académico Universidad de los Andes (@albertopedro).